LA NOVELA DEL DICTADOR EN HISPANOAMERICA

Si la literatura, como toda manifestación artística, es producto de unas circunstancias socioculturales, en el caso concreto del tema que desarrollamos a continuación el aspecto testimonial, desde el punto de vista histórico, se intensifica notablemente. Por ello parece aconsejable recordar, aunque sea someramente, alguno de los aspectos característicos del «compromiso político» adoptado en ocasiones por los escritores hispanoamericanos.

El elevado número de países que integran Hispanoamérica, unido a la lógica diversidad de circunstancias sociales, culturales y económicas existente entre ellos, nos impide hablar de concretos condicionantes de la función literaria. Así, pues, las reacciones de los escritores frente a los problemas que aquejaban a sus respectivos países serán distintas, según las épocas y las circunstancias que concurriesen en cada uno.

Desde el punto de vista cronológico, nada más nacer la literatura hispanoamericana, en el apasionante capítulo que constituyen las narraciones de los cronistas, observamos ya que el autor—misionero o soldado—concibe la literatura como una posibilidad propagandística, lo que lleva implícito el tácito compromiso con uno de los grupos litigantes. Tal es el caso del padre Las Casas, de Bernal Díaz del Castillo, de Pedro Fernández, de Gutiérrez de Santa Clara, etc., por ceñirnos sólo a los nombres más conocidos del siglo XVI. Pero centrándonos en el tema objeto de nuestro estudio, será el apasionamiento romántico, coincidente con el período emancipador, lo que llevará a la casi totalidad de los escritores a utilizar su pluma como eficaz auxilio de la espada, bien en favor de la independencia de su patria, primero; bien en el de su ideología política como garantía de estabilidad y progreso, después. Así, Grossmann [1] admite que un 80 por 100 de los autores del siglo XIX desempeñaron cargos de diputados, ministros, etc., y Henríquez Ureña [2], en el mismo período, cuenta 27 presidentes de Estado que se dedi-

[1] RUDOLF GROSSMANN: *Historia y problemas de la literatura latinoamericana,* Madrid, Revista de Occidente, 1972, pág. 230.

[2] PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: *Las corrientes literarias en la América Hispánica,* México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pág. 239.

caron a la literatura. Estrechísima relación con este grupo guardan los literatos dedicados a la diplomacia o los que en determinados momentos de su vida desempeñaron funciones diplomáticas, desde Enrique Larreta, Amado Nervo o Rubén Darío, hasta Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda o Alejo Carpentier, pues, como escribe Carlos Fuentes [3]: «En países sometidos a la oscilación pendular entre la dictadura y la anarquía, en los que la única constante ha sido la explotación; en países desprovistos de canales democráticos de expresión, carentes de verdadera información pública, de parlamentos responsables, asociaciones gremiales independientes o una clase intelectual emancipada, el novelista individual se vio compelido a ser simultáneamente legislador y reportero, revolucionista y pensador».

Evidentemente, esta postura de compromiso implica unos riesgos que en ocasiones llevarán a los escritores a prisión; otras, el exilio (recordemos los nombres de Augusto Roa Bastos, de Miguel Angel Asturias, de Luis Cardoza y Aragón y de tantos otros más); a veces, al enloquecimiento, como le ocurrió a Alfonso Cortés, y en último extremo, también al suicidio, como no hace muchos años le sucedía al peruano Ciro Alegría.

Bien es verdad que muchos literatos hispanoamericanos han aislado su obra literaria de los problemas sociológicos que los rodeaban, como la mayor parte de los modernistas. Y tampoco han faltado los colaboradores y aduladores del poder dictatorial, como Gómez Carrillo, aunque ello comportaba también el riesgo de una clara postura, y así, casi le cuesta la vida a Santos Chocano su amistad con Estrada Cabrera a la caída de éste. No obstante, hasta mediados del presente siglo se puede decir que ha predominado entre los autores una postura de legalidad liberal conducente a un naturalismo expresivo de la protesta de corte liberal también. Pero en los últimos veinticinco años se han ido acusando las posiciones de quienes analizan un sistema social en descomposición, prescindiendo de la crítica correspondiente a un determinado gobierno; por eso escribe Fernando Alegría [4]: «estas novelas, mágicas, reales, vastas, ya sea que se propongan armar o desarmar, y que Cortázar escribe en París, y Sábato en Buenos Aires, y Arguedas en el Cuzco, y García Márquez en Barcelona, y otros miembros del coro en otras tantas capitales y cortes del mundo, autorretratan una sociedad que es la misma para todos en su faz crítica y operada, cambiante, decisiva, y la autorretratan con el ojo que sabe ver, el único, el que sufre y se maravilla, el que entrecierra aterrado o colérico, el que va a estar

---

[3] CARLOS FUENTES: *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1972, pág. 12.
[4] FERNANDO ALEGRÍA: *Literatura y Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, página 43.

mirando unos cuantos años sin pestañear». Y éste será el «escritor comprometido» que nos hará vivir el terror o la cólera de diversas dictaduras, lo que inevitablemente nos lleva a pensar en las circunstancias que envuelven la aparición de cada uno de estos regímenes.

La primera característica que destacamos en la historia dictatorial hispanoamericana es la del caudillismo. Las dictaduras no surgen en torno a un partido, sino tras un individuo que dará su nombre al grupo político que encarna; que se hará conceder títulos especiales: «restaurador», «benefactor», «regenerador», etc., y cuya desaparición del espectro político apareja la del sistema que creó.

Morales Padrón [5] señala como algunas de las principales causas motivadoras de este caudillismo: el militarismo surgido en la guerra de la Independencia; la ignorancia de las grandes masas populares; la ausencia de tradición política; los afanes nacionalistas; la organización rural de la mayor parte de los países, etc. De la aparición del fenómeno caudillista a su conversión en dictadura sólo había un paso, y la mayor parte de las veces se recorrió con enorme facilidad.

Por su parte, como para el mantenimiento del dictador es indispensable la existencia de oposición, aparte de una eficaz organización policial, se fingen conspiraciones para poder pretextar la prisión o el destierro de las figuras más destacadas de la disidencia. Al mismo tiempo, con intencionalidad puramente propagandística, se fomentarán algunas obras públicas, dándose casos tan grotescos como la existencia puramente teórica de determinadas instituciones o la falta de funcionamiento de otras, como es el caso del hospital *Manuel Estrada Cabrera,* por citar sólo un ejemplo, que no llegó a admitir a un solo enfermo, según cuenta Julio Bianchi en el prólogo de *¡Ecce Pericles!* [6]. También el boato, la creación de condecoraciones sin fin para los adictos, la aparición de fiestas pomposas para conmemorar los aniversarios de la exaltación al poder, de las victorias del régimen o los simplemente personales del dictador. Tal vez las figuras más destacadas en este plano sean la de Santos en Uruguay y la de López de Santa Anna en Méjico.

Pero ¿cuándo comienza la aparición de la dictadura en Hispanoamérica? A esta pregunta no cabe sino responder que en la mayor parte de los países la dictadura es tan antigua como ellos mismos, ya que desde los momentos iniciales de la independencia surgen disensiones entre los independentistas, lo que produce la inestabilidad de los regímenes políticos surgidos tras la emancipación. Consecuencia inevitable de este confusionismo es la degradación absoluta del orden público,

---

[5] FRANCISCO MORALES PADRÓN: *Historia General de América,* vol. VI del *Manual de Historia Universal,* Madrid, Espasa-Calpe, 1962, págs. 193 y ss.

[6] RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ: *¡Ecce Pericles!,* Guatemala, Tipografía Nacional, 1945.

engendradora, por tanto, de gobiernos fuertes que se comprometían a devolver al país la seguridad perdida. Así, en Bolivia, en 1829, es llamado al poder el general Santa Cruz, quien, pese a lo positivo de algunas de sus gestiones, caracterizó su gobierno por la crueldad hacia sus enemigos; también ejerció la tiranía el general Manuel Isidro Belzú, quien se apoyó en los sectores más depauperados de la sociedad; posteriormente aparece otro dictador, esta vez civil, José María Linares, y más tarde, en 1864, inciará su ascensión a la Jefatura del Estado el brutal general Mariano Melgarejo, y así podríamos continuar elaborando una amarga y prolongada lista.

Ecuador, por su parte, desde su separación de la gran Colombia en 1830, vive una constante sucesión de dictaduras. Primero, la del general Flores, quien se apoyará en negros, zambos y mulatos [7]; después conoceríamos la teocrática de García Moreno, y más tarde, la del general Ignacio Veintemilla.

En Venezuela, los primeros años de la independencia transcurren bajo la influencia de Páez, lugarteniente de Bolívar. Ello, de hecho, convierte el gobierno en su dictadura; después de él, Guzmán Blanco llegó a proclamarse dictador. Y entre sus sucesores conviene recordar las figuras de Villanueva Crespo y de José Vicente Gómez. Por eso, Vargas Vila [8] llega a escribir:

> «En Venezuela la Dictadura ha sido el privilegio de todos los partidos;
>
> los conservadores y los liberales se han disputado por igual la triste misión de dotar de Césares a la República;
>
> los ha habido supra-heroicos como Páez; gloriosos, como Guzmán; austeros, como Crespo; viles, como Andueza; ruidosos y nefastos, como Castro.»

Pese a que Chile surgió como el país más estable de todo el continente, también conoció el establecimiento de sistemas dictatoriales durante el siglo XIX. Como tal, aunque con ciertas reservas, suelen señalarse los de O'Higgins, Prieto, Bulnes y Montt.

Argentina vive una infancia francamente difícil a causa de la división existente entre unitarios y federales, situación que desembocará en la dictadura de Juan Manuel de Rosas, quien se mantendrá en el poder hasta 1852. A partir de entonces, y a diferencia de lo que ocurriría en la mayor parte de los países hermanos, el resto del siglo discurrió con gobiernos más o menos estables y constitucionales que impulsaron un

---

[7] FRANCISCO MORALES PADRÓN: *Historia de Hispanoamérica*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1972.

[8] J. M. VARGAS VILA: *Los césares de la decadencia*, Barcelona, Sopena, S. A., pág. 147.

innegable desarrollo, siendo necesario llegar al siglo XX para conocer el establecimiento de nuevas dictaduras.

Mucho más dictatorial es la historia del Paraguay, iniciada con la tiranía del pintoresco doctor Francia (hombre, paradójicamente, de formación estrictamente francesa), continuada por la del general Solano López, quien en sus afanes de conquista reduciría la población del país a la tercera parte tras las guerras con Brasil, Uruguay y Argentina.

En Uruguay, Rivera asumió la dictadura entre 1839 y 1843.

Hasta 1842, Méjico, con ciertas intermitencias, vive bajo el dominio dictatorial de Santa Anna.

Por su parte, una vez que se produce la disolución de las provincias unidas de Centroamérica y su consiguiente conversión en países autónomos, comienza uno de los capítulos más movidos (constantes guerras fronterizas, golpes de Estado, caos, etc.) de toda la historia hispanoamericana, lo que sería utilizado como pretexto para el intervencionismo directo del imperialismo USA, desembocando en el establecimiento de habituales dictaduras, que se prolongarán en algunos casos a lo largo del siglo XX, viviéndose en la actualidad sus consecuencias.

Intencionalmente nos hemos limitado a citar algunos de los casos más destacados del siglo XIX, como clara muestra del condicionamiento histórico de expresiones artísticas posteriores.

De lo expuesto hasta el momento podemos deducir que ha habido dictadores militares y civiles, clericales y anticlericales, conservadores y progresistas. No obstante, todos ellos tenían una característica común: el dictador era el centro de atención de la vida nacional. Su efigie aparece por doquier, se imprime en los billetes de Banco y en los sellos de correos; su nombre se impone a las instituciones de todo tipo que surgen en el país; sus gustos personales impondrán las modas en la manera de vestir y en cuantas circunstancias regulan las relaciones sociales. Y cuando el dictador desaparece, bien sea por muerte o por derrocamiento, el sistema que creó se hunde con él, ya que no supo o no quiso crear una ideología que lo sostuviese. El gobierno era él, y cuando su voluntad no existe, desaparece esa ficción de gobierno.

Si hemos esbozado esta ligera panorámica es porque consideramos absolutamente indispensable tenerla presente para la más exacta valoración de las obras que constituyen el ciclo que hemos venido a llamar «del Dictador», aclarando que sólo consideramos en este apartado a las que se centran en figuras que han ejercido la tiranía desde el poder, no incluyendo, por tanto, a las de bandoleros o jefes de partida, entre los cuales ya figuran algunos de la época virreinal, como es el caso de Lope de Aguirre.

La novela política cobra verdadera importancia con el Romanticismo, ya que coincidirá la preocupación nacionalista del movimiento con las vivas inquietudes emancipadoras, y así, en cuanto pensamos en la literatura inspirada en los dictadores, tres títulos surgen de inmediato ante nosotros: *Facundo, El Matadero* y *Amalia.*

El primero, subtitulado «Civilización y barbarie», publicado por entregas como folletín del periódico *El Progreso,* de Santiago de Chile, no es una novela propiamente dicha, ya que se encuentra más cerca del ensayo, sin llegar a serlo en su integridad. Su autor, Domingo Faustino Sarmiento, se sirve de la biografía del riojano Facundo Quiroga para realizar un análisis de la historia, costumbres y paisaje argentinos, sin que falte la expresión de su desprecio hacia Rosas, cuyo régimen político le había conducido al exilio. La crueldad, la falta de nobleza, la barbarie, serán los rasgos destacados del dictador: «Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo». Aunque el libro fue escrito en 1845, en la edición de 1851 se suprimirían los dos capítulos finales constitutivos de la tercera parte de la obra, ciertamente desgajada del conjunto, ya que no es sino un simple análisis político, pues al ser en ellos más recia la diatriba contra el tirano, su inminente caída aconseja a Sarmiento limar asperezas entre sus enemigos para prepararse así un mejor regreso a la Argentina, de cuya República llegaría a ser presidente.

El segundo título citado, *El Matadero,* corresponde a un brevísimo cuento de Echeverría, que aunque publicado en 1871, fue escrito entre 1838 y 1840, correspondiéndose, por tanto, con el período rosista. Cronológicamente es la primera narración antidictatorial. Sin embargo, la figura de Rosas no aparece de manera directa, así como los altos cargos de su gobierno, sino la ruindad de clases sociales ínfimas, en cuyo halago y plebeyez se asentaba la federación, es decir, la dictadura. Pero sobre todo el nauseabundo panorama que nos ofrece esta concreta parte de la ciudad de Buenos Aires, descrito con tal fidelidad realista que nos permitirá pensar en lo que más tarde leeremos en el Naturalismo, percibimos la palpitación constante del terror y la tiranía personal ejercida por «El Restaurador de las Leyes»:

> «Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes y se desparramaban corriendo como si en medio de ellos cayese alguna bala perdida, o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era que el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél; de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de

achura, salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, dichos y fritería descompasada de los muchachos:

— Ahí se mete el sebo en las tetas, la tipa—gritaba uno.

—Aquél lo escondió en el alzapón—replicaba la negra.

—Che, negra bruja, salí de aquí antes de que te pegue un tajo—exclamaba el carnicero.

—¿Qué te hago, ño Juan? ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.»

Como es lógico, la sátira de Esteban Echeverría no se dirige tan sólo contra el régimen federal argentino, sino que también va hacia los pilares que lo sostenían. Y en este sentido, no podemos por menos de recordar las líneas que con suma ironía hacen referencia a la adhesión de los sectores más conservadores de la sociedad a la causa rosista, amparada por la ignorancia y miseria del pueblo.

Y así, se pone en evidencia la lamentable interrelación entre la Iglesia y la política. Por ello, tras un incesante período de lluvias:

«Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. 'Es el día del juicio—decían—, el fin del mundo está por venir. La cólera divina rebosando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros, pecadores! ¡Ay de vosotros, unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ah de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de sus frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.'

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios» [9].

Sin embargo, la primera obra que con certeza podríamos considerar como «novela de dictador» es *Amalia,* del también argentino José Mármol, motivada igualmente por la dictadura de Rosas. Y son las crueldades, ruindades e irracionalidades de su sistema político lo que constituye el eje en torno al cual gira la obra, ya que la trama argumental de los amores entre Eduardo Belgrano y Amalia resulta en extremo convencional.

Aunque llegamos a conocer las expresiones, ademanes, reacciones, etcétera, del restaurador, sus intervenciones son reducidas en proporción

[9] ESTEBAN ECHEVERRÍA: *La cautiva. El matadero,* Buenos Aires, Kapelusz, 1965, pág. 78.

a lo que cabría esperar en una narración de más de 600 páginas. También aquí volvemos a encontrar el miedo adueñado de Buenos Aires; en eso consistirá, según nos evidencia Mármol, el sistema de Rosas: en poner en funcionamiento un mecanismo de terror cuya marcha se mantendrá por sí sola.

Este ambiente entremezclará la petición con la delación, y así, la cuñada del dictador nos ofrece en su casa el siguiente panorama:

> «Una mulata vieja, y de cuya limpieza no podría decirse lo mismo que del ama, por cuanto es necesario siempre decir que las amas visten con más aseo que las criadas, aun cuando la regla pueda sufrir alguna excepción, hacía las veces de edecán de servicio, de maestro de ceremonias y de paje de introducción.
>
> De pie, en la puerta que daba a la alcoba, tenía asido con una mano el picaporte, en señal de que allí no se pasaba sin su correspondiente beneplácito, y con la otra recibía los cobres o los billetes que, según su clase, le daban los que a ella se acercaban en solicitud de obtener preferencia al entrar de los primeros a hablar con la señora doña María Josefa de Ezcurra. Y jamás audiencia alguna fue compuesta y matizada de tantas jerarquías, de tan varios colores, de tan distintas razas.
>
> Estaban allí, reunidos y mezclados, el negro y el mulato, el indio y el blanco, la clase abyecta y la clase media, el pícaro y el bueno, revueltos también entre pasiones, hábitos, preocupaciones y esperanzas diferentes» [10].

Por su parte, el autor establecerá una clara diferenciación social entre los partidarios y los enemigos de Rosas. Mulatos, negros y gentes de baja extracción forman los primeros; gentes educadas y miembros de las más antiguas y distinguidas familias, los segundos. Así, la traición inicial es llevada a cabo por un mulato; el dictador utiliza, a manera de bufón, a un clérigo también mulato; doña María Josefa, como ya hemos visto, recibe en su casa a negras para favorecer delaciones; un general apenas sabe escribir; a otro, Rosas le ordena dar un corte de mangas de su parte y un sinfín de circunstancias más. En extremo reveladora es la siguiente descripción del ambiente de un baile oficial dado por el «restaurador»:

> «Se bailaba en silencio.
>
> Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presión de los guantes y sudando de dolor a causa de sus botas recién puestas, no podían imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves.

[10] José Mármol: *Amalia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 4.ª ed., pág. 237.

Los jóvenes ciudadanos salidos de la nueva jerarquía social introducida por el Restaurador de las Leyes pensaban, con la mejor buena fe del mundo, que no había nada más elegante ni cortés que ir regalando yemas y bizcochitos a las señoras.

Y, por último, las damas, unas porque allí estaban a ruego de sus maridos, y éstas eran las damas unitarias; otras porque estaban allí enojadas de encontrarse entre las personas de su sociedad solamente, y éstas eran las damas federales, todas estaban con un malísimo humor; las unas despreciativas, y celosas las otras.

La señorita hija del gobernador acababa de llegar y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones» [11].

Sin embargo, los liberales forman un sector consciente y orgulloso de su superioridad intelectual. Así, por ejemplo, cuando tras una estratagema, Daniel informa a su prima Amalia, exclama: «Ellos tienen toda la fuerza del bruto, pero yo tengo la inteligencia del hombre» [12]. Este sentido claramente clasista lo evidenciarán también al referirse a la exquisitez individual y social. Pero esta actitud no puede ser interpretada como consecuencia de un exacerbado aristocraticismo por parte de Mármol, sino que se correspondía con todo un sentimiento y realidad social del momento. Baste recordar, en este sentido, que Alcalá Galiano, refiriéndose a las minorías ilustradas, exclama: «En suma, lo que constituye el núcleo del partido llamado liberal en todos los pueblos». Y el mismo Sarmiento, evocando al Buenos Aires anterior a 1828, lo presenta como una ciudad refinada, poseedora de la exquisitez parisiense; características cuyo forzoso origen español llama la atención, como una clara contradicción en escritor de tan marcado antiespañolismo en política.

Por otro lado, no falta en la novela alguna que otra alusión satírica al apoyo que la Iglesia prestó a la actitud conservadora de Rosas, aunque bien es verdad que Mármol se esfuerza por mantener una postura de respeto hacia la religión como tal, limitando sus críticas a las ridiculizaciones de determinados clérigos, siempre a título individual. Así, el padre Viguá, verdadero bufón del dictador, surge ante el lector como un ser animalizado por la obsesión de la comida, carente de la menor dignidad y embrutecido en extremo; el padre Gaete, personaje perfectamente situado en el sistema político rosista, es fiel cliente de un prostíbulo, a la vez que adopta siempre un comportamiento sólo imaginable en los ínfimos sectores sociales, y al final de la obra, dos conventos niegan el asilo político solicitado por Daniel Bello, por temor a las complicaciones que ello produciría en las relaciones con el poder.

---

[11] *Op. cit.*, pág. 165.
[12] *Op. cit.*, pág. 268.

Sin poseer cualidades literarias que permitan calificarla de excepcional, *Amalia* es una novela escrita siguiendo la moda europea decimonónica, impregnada por la pasión antirrosista del autor, pero que a través de su trivial argumento nos ofrece un valioso testimonio de los años centrales de la pasada centuria, y de manera más concreta, del ambiente social en el que se movía el Gobierno de la Federación, contemplado con los ojos de un ardiente unitario.

Aunque inmersa en una línea de tradición romántica todavía, es a fines del siglo cuando encontramos ya una novela hispanoamericana de mayores calidades literarias al procurar mayor consistencia humana. Claro ejemplo de esta postura es el de la peruana Mercedes Cabello Carbonera, quien conservando un fondo sentimental no puede eludir el influjo naturalista. A pesar de que sus títulos más conocidos son *Blanca Sol* (1890) y *Las consecuencias* (1890), si la citamos en esta ocasión es por su novela *El conspirador* (1892), que también pone de manifiesto el problema de la dictadura.

De todos modos, habremos de llegar a la centuria actual para encontrar un tratamiento verdaderamente intensivo del tema del «dictador» en la novela hispanoamericana, coincidente con la expansión de la novelística fuera del continente original.

Aunque ya se habían publicado novelas hispanoamericanas en París, Barcelona y Valencia durante el siglo XIX, será el XX el que presencie este aumento. Así, Ernesto Mejía Sánchez [13] puede afirmar: «Ollendorf y Granada siguieron esta tradición [la de editar novelas americanas] a principios del siglo XX. Sólo Editorial América, en Madrid, de Blanco Fombona, publicó a Díaz Rodríguez, Pocaterra, Romero García, Pedro Emilio Coll, Miguel Eduardo Pardo, sus paisanos, y a latinoamericanos de todas partes: Jesús Castellanos, Javier de Viana, Luis María Jordán, María Enriqueta, Carlos González Peña; en la misma Biblioteca Andrés Bello tuvieron también lugar los cuentistas: Gutiérrez Nájera y Rubén Darío, Rafael Barret y Hernández Catá, Blanco Fombona y Díaz Rodríguez. Todas las tendencias del momento estuvieron representadas».

Como es fácil suponer, las revoluciones y guerras que conmueven a lo largo de nuestra centuria a las sociedades europeas, no pueden por menos de afectar a las de los países hispanoamericanos, a lo que la literatura no permanecerá ajena. En este sentido, lugar destacado en la narrativa ocupa la figura del «dictador», ofreciendo variadísimos resultados, según la formación y capacidad de los autores, la personalidad de los tiranos que constituyen el centro de la obra, las características socia-

[13] ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ: «Examen de la novela iberoamericana contemporánea», en *La crítica de la novela iberoamericana contemporánea*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, pág. 11.

les de cada uno de los países, etc. Y ello es lo que permitirá ofrecer a Luis Alberto Sánchez [14] una numerosa lista de títulos, de entre los que cabría entresacar los siguientes: *El cabito,* de Pío Gil; *La caída del cóndor, Judas Capitolino* y *Los Césares de la decadencia,* de J. M. Vargas Vila; *La bella y la fiera* y *La mitra en la mano,* de Rufino Blanco Fombona; *¡Ecce Pericles!,* de Rafael Arévalo Martínez; *El puño del amo,* de Gerardo Gallegos; *Fiebre,* de Miguel Otero Silva; *La garra roja* y *El tirano Bebevidas,* de Manuel Bedoya.

Hay algunas obras que siempre se incluyen en el capítulo dedicado al género novelístico, que venimos comentando, sin que sean novelas propiamente dichas. Tal es el caso de *Los Césares de la decadencia* [15], claro alegato contra la tiranía, pero en donde no existe trama novelística, aunque algunas de las ideas que constantemente encontraremos en la novela de la dictadura se pongan de manifiesto también aquí. Así, como nota preliminar aparece el enfrentamiento entre la razón y la fuerza, evidente reminiscencia del marcado complejo de intelectualidad que caracterizó a la mayor parte de los liberales decimonónicos, como acabamos de comentar:

> «No hay rebelión posible contra los guiadores de conciencia; ellos son: la Rebelión;
> el Verbo en sus labios, no es tangible;
> se les puede arrancar la lengua y ellos continúan en hablar...
> la cabeza cortada del Bautista habla en manos de Salomé; habla con palabras espirituales, que hacen palidecer a Herodes;
> esa Omnipotencia de la Palabra hace temblar la Tierra;
> el fulgor del Verbo hace el furor del bruto;
> porque el bruto manda, pero sólo el Verbo reina;
> el reinado del Verbo es el único digno de ser sufrido por los hombres» [16].

Afirmaciones todas ellas que no pueden por menos de evocarnos la de Daniel Bello en *Amalia* y que poco antes transcribíamos sobre la dualidad fuerza/inteligencia.

Vargas Vila en este libro se limita a ir enumerando a los gobernantes que, desde su punto de vista, tiranizaron a su patria, Colombia, cuya historia dictatorial afirma que comienza con la Regeneración en 1885, centrando en la persona de Rafael Núñez la encarnación de la corrupción.

Tampoco es una novela *¡Ecce Pericles!* [17], aunque, por supuesto, gira

---

[14] LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana,* Madrid, Gredos, 1976, págs. 428 y ss.

[15] J. M. VARGAS VILA: *Los césares de la decadencia,* Barcelona, Sopena, S. A.

[16] *Los césares de la decadencia,* ed. cit., pág. 3.

[17] RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ: *¡Ecce Pericles!,* Guatemala, Tipografía Nacional, 1945.

en torno al tema de la dictadura, ya que se trata de una serie de relatos sobre la vida de Manuel Estrada Cabrera.

En el prólogo, Julio Bianchi expone cómo las causas de que el dictador se mantuviese tanto tiempo en el poder fueron, por un lado, simples coincidencias, y por otro, porque en Guatemala todos los presidentes han sido vitalicios o derrocados por un golpe de Estado. A nivel personal considera a Estrada como una verdadera medianía, y lo que para nosotros pudiera aparecer como la más ignominiosa y enfermiza de sus costumbres—las frecuentes flagelaciones—eran hechos arraigados profundamente en la tradición local. No se tratan estas palabras de una defensa ni mucho menos de la política o la persona de Estrada Cabrera, ya que quien emite los juicios fue uno de sus enemigos políticos, sino de un deseo de llevar las aguas a sus cauces tras los desmesurados elogios y dicterios contra este personaje.

En extremo interesante para la comprensión de algunas novelas del ciclo es el que el gobierno se ejercía, según Arévalo Martínez, con un absoluto personalismo, hasta el extremo de llegar a decretarse leyes con carácter retroactivo, tanto para favorecer a los amigos del dictador como para perjudicar a sus enemigos.

También es de gran valor la noticia que nos facilita sobre lo tupido de la red de espionaje, ya que refiriéndose al año de haber sido proclamado presidente, puede llegar a escribir:

> «Y todo su terrible sistema de represión empieza a dar frutos de adulación y servilismo. Ya por entonces hay una 'brigada Estrada Cabrera' que llama 'facción filibustera' a la que encabezó Próspero Morales; se reciben manifestaciones en las que los miembros de clubes y municipalidades lanzan vivas al 'protector de los intereses del pueblo, al salvador de la patria, al ilustre jurisconsulto' y empieza a emplearse en múltiples ocasiones la frase que se habrá de oír durante todo el régimen: la de los que se ofrecen 'servidores incondicionales'» [18].

Otros dos títulos que sin corresponderse con novelas pueden interesar para el conocimiento del tema son el *Suetonio Pimienta,* de Tristán Marof, simple crítica a la organización social y administrativa de un imaginario y representativo país hispanoamericano al que se da el nombre de «Zanahoria». Bien es verdad que se hace alguna alusión a la tiranía, pero tiene lugar de pasada y con un sentido generalizador.

A José Rafael Pocaterra debemos las *Memorias de un venezolano de la decadencia,* obra cuya publicación se inició por capítulos a partir de 1923. Suele considerarse como edición definitiva la venezolana de 1936,

[18] *Op. cit.,* pág. 55.

y en ella se estudia el período histórico comprendido entre 1898 y 1935. Se trata, como ya indica el título, de un libro de *Memorias* que nos ofrece el apasionante interés de narrarnos unos hechos por un protagonista excepcional de los mismos.

Aunque con argumento sencillo, que no puede por menos de evocarnos el estilo folletinesco en ocasiones, parece necesario señalar la novela de Blanco Fombona, *La bella y la fiera* [19], título que hace referencia a la dualidad existente entre la protagonista femenina, que acaba siendo poseída por el tirano con objeto de intentar conseguir—vanamente—la liberación de dos jóvenes revolucionarios encarcelados, y la persona que encarna la dictadura, que sirve de fondo a la acción de la obra.

Lo primero que nos llama la atención es el exponente de la ínfima catadura moral de quienes constituyen el engranaje de la dictadura:

> «En el vagón presidencial va don Tiberio Borgia, el dictador, el monstruo, con su séquito: 'doctores', militares, seides, esbirros, espías, algunas concubinas, algunos ministros y muchos espalderos» [20].

Otro de los rasgos que desde el principio hemos venido comentando como característicos de las dictaduras hispanoamericanas ha sido el del personalismo del dictador; rasgo que recoge el autor al decirnos: «El dictador, el 'jefe único', según le bautizan los áulicos, anda de viaje. De paseo más bien por aquellos pueblos comarcanos. Como es madrugador, campesino al fin, ha salido a caballo al amanecer, con buen golpe de jinetes: áulicos, edecanes, espalderos...» [21].

También la distancia existente entre la figura que encarna el poder y el pueblo, el implacable funcionamiento del sistema represivo, el patológico refinamiento en la práctica de las torturas, el temor, el servilismo, etcétera, son rasgos que con toda claridad se pondrán de manifiesto a lo largo de esta novela.

Aunque de autor español, incluyo en este apartado una novela que por su temática, técnica narrativa, vocabulario, etc., considero de la máxima importancia en el género novelístico que estudiamos. Me refiero a *Tirano Banderas,* de Ramón del Valle Inclán [22].

Le da título el nombre del protagonista, el general don Santos Banderas, cuya aparición tiene lugar en un cuartel y rodeado de la muerte que causa por doquier: «El generalito acaba de llegar con algunos batallones de indios, después de haber fusilado a los insurrectos de Zamalpoa» [23].

---

[19] RUFINO BLANCO FOMBONA: *La bella y la fiera,* Madrid, Renacimiento, 1931.
[20] *Op. cit.,* pág. 13.
[21] *Op. cit.,* pág. 175.
[22] RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN: *Tirano Banderas,* Madrid, 1926.
[23] *Tirano Banderas,* Madrid, Espasa-Calpe, 1965, 6.ª ed., pág. 15.

Pero frente al sistemático despotismo de la mayor parte de los dictadores que hasta entonces habían aparecido en la literatura, el imaginado por don Ramón ofrece el deseo de aparentar cierta legalidad, aunque bajo ella subyace inmensa dosis de cinismo. Por un lado, permite que la oposición celebre actos políticos, pero al mismo tiempo se encarga de provocar alteraciones en dichos actos con objeto de poseer el pretexto necesario para tomar medidas «legales» en consonancia.

Todas las características de la novela de dictadura, en lo referente a la figura del dictador, se dan en esta espléndida novela valleinclaniana. El general vive alejado de todos: «Desde la remota ventana, agitado en una inmovilidad de corneja sagrada, está mirando los batallones de indios» [24]; «Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana...» [25]; «Tirano Banderas, agaritado en la ventana, inmóvil y distante, acrecentaba su prestigio de pájaro sagrado» [26]; «La niña del trato se despertaba suspirante, salía a las fronteras del mundo con lívido pasmo, y en el pináculo de la escalerilla, la momia indiana apuntaba su catalejo sobre la ciudad» [27]. Su política se apoya en el aniquilamiento sistemático de cuantos puedan representar una sombra de disonancia; el espionaje será el arma utilizada para hacer abortar el menor síntoma de disconformidad. Así, cuando el coronel de la Gándara huye de la persecución por haber caído en desgracia del general, ha de soportar que el amigo que le ampara le reproche: «Tirano Banderas os hace a todos espías» [28].

Su fuerza la basa en un ejército plebeyo y de bandolerescos antecedentes. Unas líneas antes aludíamos a los «batallones de indios»; aparte de ello, al jefe de un destacamento se le presentará de la siguiente manera: «El caporal, mestizo de barba horquillada, era veterano de una partida bandoleresca años atrás capitaneada por el coronel Ireneo Castañón, Pata de Palo» [29].

También los sectores más depauperados de la sociedad son los que le sirven de apoyo y servicio.

El final de la obra, con el asesinato de la hija de Banderas por mano de su propio padre con objeto de evitar que fuese gozada por sus enemigos, no puede por menos de recordarnos las informaciones que los cronistas nos facilitaron de la lamentable aventura de Lope de Aguirre.

Pero sin hipérbole de ningún tipo es *El señor presidente*, de Miguel Angel Asturias [30], el punto culminante del ciclo de los dictadores.

Conocido de todos es el hecho de que la familia del autor fuese víc-

---

[24] *Op. cit.*, pág. 15.
[25] *Op. cit.*, pág. 21.
[26] *Op. cit.*, pág. 22.
[27] *Op. cit.*, pág. 153.
[28] *Op. cit.*, pág. 81.
[29] *Op. cit.*, pág. 85.
[30] MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *El señor presidente*, México, 1946.

tima de la dictadura de Estrada Cabrera, hecho que motivaría el contacto directo entre Asturias y el mundo indio cuando en su infancia se ve obligado a trasladarse a la finca de su abuelo. Más tarde, la dictadura le obligaría a exiliarse y viajar a París, en cuya Universidad tendría ocasión de estudiar los ritos y religiones de los mayas.

Sin embargo, en la novela aludida no se nos facilita el nombre del dictador, ni el del país sobre el que ejerce su terrorífico dominio. No obstante, todo ello es fácilmente identificable. Bien es verdad que lo de menos importancia sería saber si era a Estrada Cabrera o a Ubico a quien el novelista intentó retratar: se trata del «dictador», etiqueta aplicable a un determinado tipo humano y no a una persona.

«El señor presidente» sólo aparece en seis ocasiones a lo largo de la obra y, no obstante, será suficiente para que se sienta omnipotentemente presente en toda la novela. El mecanismo puesto en funcionamiento por su dictadura continúa imparable sin que sea necesaria la constante intervención del «presidente». Y ese mecanismo se basa en el espionaje y en el miedo, verdadero protagonista este último, según acertadamente expone Carlos Navarro: nadie se siente seguro; los adictos no saben si continúan en la gracia del señor presidente y si, por el contrario, han caído ya en desgracia; el resto de la población espera ser delatado, sin saber de qué, por alguien. El propio Cara de Angel, conocedor a fondo del dictador, cae en la trampa que le tiende, pues aunque cree que la misión diplomática en el extranjero es un medio para que se aleje del país y castigar, de este modo, su matrimonio con la hija del general Canales, no llega a intuir el destino, mil veces más vil, que le espera. Y así, tras la aceptación está la celada; pero es que al «señor presidente» no se le podía negar nada, ya que la trampa tanto puede radicar en la aceptación del ofrecimiento como en su rechazo.

Probablemente radique la importancia de la novela como símbolo palpitante de la dictadura en el hecho, antes aludido, de que no haya nada que relacione a los personajes, países o cualquier otra circunstancia con los elementos de la realidad histórica:

«Miguel Angel Asturias extrae una dictadura hispanoamericana de sus nexos históricos, despoja a sus víctimas de las pocas condiciones favorables que éstas pudieron haber gozado y luego comprime el preponderante residuo en un acelerado montaje de putrefacción social» [31].

Esta ausencia de vínculos se mantiene de manera absoluta: ni los mendigos, ni el Pelele, ni Cara de Angel, ni el señor presidente aparecen vinculados a algo o a alguien. De este modo, cuando surge el nexo que

[31] CARLOS NAVARRO: «La hipotiposis del miedo en *El señor presidente*», en el *Homenaje a Miguel Angel Asturias*, dirigido por HELMY F. GIACOMAN, Madrid, Las Américas-Anaya, 1971, páginas 155 y ss.

une aparece también el estorbo en el engranaje dictatorial: Cara de Angel cae en desgracia cuando se enamora de Camila, la hija del general Canales, y desde la primera página el anhelo de conseguir ese vínculo es lo que nos angustia al contemplar la soledad trágica del imbécil Pelele y su constante llamada a su inexistente madre.

Por otro lado, pese al carácter marcadamente político de la novela, la presencia del realismo mágico se mantiene en medio de las deformaciones caricaturescas, de la grotesca realidad ofrecida. Recordemos las palabras iniciales y todo el poder sugeridoramente ritual que encierran:

> «... ¡Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre! Como zumbido de oídos persistía el rumor de las campanas a la oración, maldoblestar de luz en la sombra, de la sombra en la luz. ¡Alumbra, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre, sobre la podredumbre! ¡Alumbra, lumbre de alumbre, sobre la podredumbre, Luzbel de piedralumbre! ¡Alumbra, alumbra, lumbre de alumbre..., alumbre..., alumbra..., alumbra, lumbre de alumbre..., alumbra, alumbre...!» [32]

De este modo, la fantasía, la pervivencia ritual de los mitos indígenas y la imaginación desbordada formará parte de la realidad hispanoamericana, desembocando en lo que ha sido calificado de «realismo mágico», «realismo fantástico» o de «real maravilloso».

Cerramos el ciclo con la que consideramos la última novela de dictador tradicional. No es que ya no existan los dictadores, lo que ocurre es que los que detentan el poder en la actualidad no proceden del caudillismo, sino que son figuras directa o indirectamente colocadas por potencias extranjeras, entre las que ocupan lamentable lugar «de honor» las multinacionales. Por supuesto que muchas de las características que hemos esbozado como propias de este tipo de figuras siguen vigentes en la actualidad (corrupción, crueldad, poder ilimitado sobre vida y haciendas de los «naturales», etc.), pero las fuerzas que les respaldan son manejadas desde fuera del propio país, llegando al extremo de que cuando se hace incómodo o demasiado comprometido el dictador es sustituido por otro que, por regla general, aparenta una liberalización del país para que toda la trama económico-social continúe inamovible.

Es evidente que en las últimas décadas ha cambiado la sociedad de los países hispanoamericanos y, por ello, sus sistemas políticos han tenido que cambiar también. La difusión de ideologías políticas, la existencia de corrientes sindicales, la aparición de nuevos y más poderosos medios de comunicación son las causas más destacadas que han motivado tal transformación. Por eso, los sistemas empleados por las dictaduras

---

[32] MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *El señor presidente*, Buenos Aires, Losada, 1974, 20.ª ed., pág. 7.

modernas suelen basarse fundamentalmente en el aniquilamiento de los dirigentes que pueden resultar molestos; larga e interminable lucha, ya que en la mayor parte de los casos los puestos vacíos vuelven a ser ocupados.

Junto a las medidas policiales hemos de tener presentes las coacciones laborales y económicas. Y, así, infinidad de particularidades que nos llevarían a la consideración de un nuevo ciclo novelístico que no se centraría ya en la opresión ejercida por el dictador, sino en la que lleva a cabo el poder, el sistema establecido, en definitiva.

Pero, volviendo al tema de nuestro trabajo, *El otoño del patriarca* [33], del colombiano Gabriel García Márquez, es el epílogo de la novelística centrada en el dictador de corte decimonónico. La obra comienza con la presentación de un mundo alucinante e irracional:

> «Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial, destrozaron a picotazos las mallas de alambre de las ventanas y removieron con sus alas el tiempo estancado en el interior, y en la madrugada del lunes la ciudad despertó de su letargo de siglos con una tierna y tibia brisa de muerto grande y podrida grandeza» [34].

Ya en estas líneas hallamos, como es habitual en las obras de este autor, la existencia de un tiempo aparte, un tiempo detenido, aunque en esta ocasión la detención se deba a la voluntad omnímoda del dictador; un tiempo que superpone los aspectos cronológicos e históricos y que permitirá al «patriarca» abrir la ventana del mar «por si acaso descubría una luz nueva para entender el embrollo que le habían contado, y vio el acorazado de siempre que los infantes de marina habían abandonado en el muelle, y más allá del acorazado, fondeadas en el mar tenebroso, vio las tres carabelas» [35]. Tras el presente, encarnado en el acorazado, símbolo del imperialismo norteamericano, se vislumbrará el pasado, lo que en cierto modo se convierte en la primera invasión. Por su parte, la antinatural longevidad del patriarca se convierte en clara muestra del dominio que éste ejerce sobre el tiempo.

Pero, de acuerdo con la trayectoria de los dictadores que hemos conocido a través de la novela hispanoamericana, el creado por García Márquez vive alejado del pueblo; ensoberbecido en el pináculo del poder; marioneta él mismo del inmenso guiñol en el que ha convertido a su país; ridiculizado desde sus condecoraciones; espectador implacable de un cortejo de muerte:

---

[33] GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: *El otoño del patriarca*, Barcelona, Plaza-Janés, 1975.
[34] *Op. cit.*, pág. 5.
[35] *Op. cit.*, págs. 45-46.

«De modo que a través de los vidrios de la carroza presidencial había visto el tiempo interrumpido por orden suya en las calles abandonadas, vio el aire tónito en las banderas amarillas, vio las puertas cerradas inclusive en las casas omitidas por el círculo rojo, vio los gallinazos ahítos en los balcones y vio los muertos, los muertos, los muertos; había tantos por todas partes que era imposible contarlos en los barrizales, amontonados en el sol de las terrazas, tendidos en las legumbres del mercado, muertos de carne y hueso, mi general, [...] y sólo cuando no parecía haber recurso humano ni divino capaz de poner término a la mortandad vimos aparecer en las calles una carroza sin insignias en la que nadie percibió a primera vista el soplo helado de la majestad del poder, pero en el interior de terciopelo fúnebre vimos los ojos letales, los labios trémulos, el guante nupcial que iba echando puñados de sal en los portales, vimos el tren pintado con los colores de la bandera trepándose con las uñas a través de las gardenias y los leopardos despavoridos hasta las cornisas de niebla de las provincias más escarpadas; vimos los ojos turbios a través de los visillos del vagón solitario, el semblante afligido [...]» [36].

Con *El otoño del patriarca,* de ese patriarca que cuando todos creen que ha muerto resulta resucitar, el autor parece querer salir del mundo de Macondo y de los Buendía para sugerir una indeterminación geográfica y personal que, precisamente por ello, permite infinidad de localizaciones e identificaciones.

Recapitulando cuanto hemos visto hasta el presente podríamos señalar:

1.° Desde mediados del siglo XIX surge en Hispanoamérica un género novelístico centrado en torno a la existencia de una «dictadura».

2.° La figura del dictador dominará absolutamente este tipo de novelas.

3.° El egocentrismo de estos personajes llega a ser causa de su propia ridiculización.

4.° El dictador se mantiene en el poder basándose en una red de espionaje, en la represión sistemática e indiscriminada y en el terror de sus súbditos.

Con estos elementos se construyeron las novelas someramente analizadas y que son claro ejemplo de hasta qué extremo sus autores quisieron y supieron hacer de la pluma un arma en su lucha por la libertad.

JUAN JOSE AMATE BLANCO

Calle Encinas, 16
MADRID

[36] *Op. cit.*, pág. 246.